

5. Historiografía literaria: ¿periodos históricos o códigos culturales?

Domingo Milliani

1. Consideraciones teóricas

Existe ya una suficiente teorización sobre la historia literaria general y sobre la hispanoamericana en particular. Algunos trabajos apuntan al cuestionamiento de la ordenación lineal y cronológica de los hechos literarios¹. También se han planteado reparos a la agrupación generacional de los autores, que en América Latina expusieron Enrique Anderson Imbert y José Juan Arrom. Las historias literarias latinoamericanas marcadas por el historicismo positivista o los enfoques intrínsecos implantados por las estilísticas románticas parecen ya envejecidas o al menos ineficaces cuando se desarrollan en forma unilateral. Los ordenamientos por corrientes literarias tuvieron ejemplar mostración en Pedro Henríquez Ureña, a quien ha reivindicado, entre otros, Rafael Gutiérrez Girardot². Ciertas teorías más recientes proponen, en cambio, la posibilidad de una historia literaria por escribir, con carácter actual, desde el punto de vista de aprovechar los aportes comprobados de tendencias como el formalismo ruso, la semiología checa de Mukarovsky, la moderna semiótica —especialmente italiana y soviética— y la novísima estética de la recepción crítica del texto³. Esa historia se concibe como social⁴ pero no determinista. Aspira a ser un verdadero ordena-

¹ Entre otros, Angel Rama, "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica" en Fernando Alegria y otros, *Literatura y praxis en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1974, págs. 81-109.

² "Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana" en Fernando Alegria y otros, *Literatura y praxis...* págs. 29-47.

³ Quizás uno de los teóricos latinoamericanos que más ha contribuido últimamente a la clarificación sea Walter Mignolo, *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona. Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1978.

⁴ Cfr. Luis Iñigo Madrigal, "Introducción a una posible historia social de la novela hispanoamericana", en *Acta del Simposium Internacional de estudios hispánicos*, Budapest, 1976, págs. 59-64. Y también Alejandro Losada, *La Literatura en la sociedad de América Latina*, Frankfurt, Verlag Klaus Dieter, 1983.

miento científico de los procesos literarios entendidos desde la perspectiva de una teoría de la producción textual⁵, con una periodización secuencial donde sean registradas las rupturas y los avances y donde se analicen los tres términos básicos de la comunicación artística: el autor (productor), el texto (mensaje) y el receptor (público).

En el riguroso territorio de la historiografía asistimos a un movimiento de revisión crítica sobre la linealidad de las periodizaciones. El aporte más espectacular ha sido el que promovió la escuela francesa de *Annales*⁶. Más que historia social hay quien propone hoy una historia de las sociedades como conjunto⁷. De ahí que apoyarse por transferencia en las periodizaciones de la historia general no sólo es un riesgo sino un contrasentido que ya había entrevisto José Carlos Mariátegui para Latinoamérica. Con mayor razón, al tratarse de historiar la literatura, todo parece indicar la necesidad de diseñar un modelo capaz de concebir la praxis creadora de las artes verbales como función de un sistema cultural más amplio y, este, como proceso global de la producción social donde el texto literario asume condición de macro-signo⁸.

Parece necesario establecer un marco teórico que, a tiempo de rendir balance de las historias anteriores, desemboque en la adopción precisa de un método eficiente para acometer la tarea de historiar la literatura del Continente. Ese método debería estar en condiciones de incorporar el análisis textual a la inserción en los contextos cultural y social.

Dentro de lo que Haroldo de Campos ha llamado una "enciclopedia imaginaria" de la literatura general⁹, esa teorización y ese método tienen como tarea primaria determinar el espacio preciso que ocupa la literatura de Latinoamérica en el contexto de las literaturas mundiales y, al mismo tiempo, señalar los niveles específicos de analogía y contraste, lo que se denominó en otra oportunidad la *historia contrasti-*

⁵ Cfr. Iuri M. Lotman y otros, *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979. Y también Iuri M. Lotman, *Estructura del texto artístico*, Barcelona, Istmo (Col. Fundamentos), 1978.

⁶ Germán Coimenes ha trazado un buen balance de *Annales*, en "La historiografía científica del siglo XX", n. 192, Bogotá, oct. 1977, págs. 561-622.

⁷ Cfr. Eric Hobsbawm, "De la historia social a la historia de la sociedad" en *Eco* n. 240, Bogotá, oct. 1987.

⁸ "Si definimos la cultura como todo el conjunto de la información no genética, como la memoria común de la humanidad o de colectivos más restringidos nacionales o sociales, tendremos derecho a examinar la totalidad de los textos que constituyen la cultura desde dos puntos de vista: una comunicación determinada, y el código mediante el cual se descifra dicha comunicación en el texto". Iuri M. Lotman, "El problema del signo y del sistema signico en la tipología de la cultura anterior al siglo XX" en *Semiótica de la cultura*, pág. 41.

⁹ "El crítico pondrá ahora, la cabeza en alto y sin pedir excusas, reivindicando voces, todo lo que nos es debido, el tributo de información original que tenemos que reclamar como cosa propia en la evolución de las formas de la literatura universal, en la, por decirlo de algún modo, 'enciclopedia imaginaria' de esa literatura". ("Texto e historia" en *Eco*, n. 220 Bogotá, febr. 1980, pág. 385.

va de nuestra literatura¹⁰. Sería una historia que estudiase la literatura en función de todo el Continente, sin descartar la variaciones nacionales que se dan no sólo en el plano de la dialectología discursiva, sino también en el de las concepciones y corrientes culturales que rebasan las barreras lingüísticas para constituir un universo trans-verbal común. Ya no se trata de continuar elaborando listados suplicantes para el acceso a una *universalidad* abstracta cuando no arbitraria. Se procura señalar la diferenciación dialéctica de nuestra literatura como integrante del sistema literario general.

En lo correspondiente a autores, ya no se intentaría efectuar el inventario biográfico anecdótico de cada escritor, labor más específica de un Diccionario General de la Literatura Latinoamericana, que es tarea por realizar. Se puede concebir al autor individual como hombre-signo histórico dentro de un contexto social en el cual se comporta como un productor de signos literarios (textos) y dentro del cual evoluciona dialécticamente. Un autor concueptuado con referencia a la dinámica de los cambios y las contradicciones en los modos de concepción de la literatura. Es decir, un autor no insertable de una vez para siempre en una sola corriente o movimiento literario, sino reiterable en el estudio de sus productos, cambiante en sus concepciones, cuando así ocurra. Por ejemplo, el Neruda de los *Veinte poemas de amor*, el Neruda de *Residencia en la tierra*, el Neruda de *Canto general* o de *España en el corazón* y el de las *Odas elementales* y los *Sonetos de amor* no podrá ser codificado por un solo nivel de respuesta de su escritura. Como no será un mismo Octavio Paz el productor de *Libertad bajo palabra* que el de *Aguila o sol* y menos el ensayista de hoy. Esto indica que un autor es función literaria sujeta históricamente a cambios y variaciones en su visión del mundo; y una historia moderna está obligada a registrar tales cambios para superar la tendencia a singularizar la producción de un individuo como autor de una sola obra: Gallegos, el autor de *Doña Bárbara*, García Márquez, el autor de *Cien años de soledad*, etc.

Desechada la historia biográfica estática se entra en la dimensión de la historia de la textualidad literaria, mejor de la literariedad (*literariness*) que también está sujeta a transformaciones y variantes históricas (*diacrónicas*), espaciales o geográficas (*diafólicas*), de estratificación incluso en una misma clase social (*diasfólicas*), y de uno a otro género según el grado de afianzamiento y frecuencia de los autores en un *oficio* literario (*diafásicas*). Tales cambios se implican en la evolución y transformación no sólo del sub-sistema literario sino del sistema cultural en su conjunto. En todo caso se trata de la historia de los textos y su sentido artístico pero también social en un determinado momento de su aparición, como en el grado de vigencia proyectada hacia la actualidad. Llegados a ese nivel, es imposible soslayar la historia de la

¹⁰ Cfr. Actas del Primer Simposium de especialistas en literatura latinoamericana, Caracas, noviembre de 1982 (en proceso de impresión). Véase especialmente las intervenciones de Antonio Cándido.

lectura literaria que, en última instancia es la condicionante de la *literariedad* o no literariedad de un texto concreto. Pero se trata de una lectura realizada desde la óptica de América Latina, respecto a las producciones de autores que vivieron o concueptuaron la realidad latinoamericana en un determinado momento. Ya no es entonces la transposición de modos de producción conceptual europocéntricos respecto a una literatura "sub-desarrollada" o que siempre llega tarde al festín intelectual del resto del mundo cuando se aplican las periodizaciones diseñadas para Europa.

Metodológicamente estamos obligados a asimilar con riguroso sentido crítico los aportes de la historiografía y el análisis, no importa donde se originen, siempre que resulten eficaces para el objetivo trazado por el marco teórico propio. En este sentido, para la lectura y difusión comunicativa de los textos, parece importante tomar en cuenta las revisiones críticas que con respecto a la sociología del consumo literario está adelantando la estética de la recepción crítica del texto. En tal caso ya no es necesario entrar a dirimir el problema cuantitativo de un *público* abstracto, tan resbaladizo en su sentido como el concepto de *pueblo*. Es más bien la historia de la recepción cualitativa del texto (como se leyó una obra en su momento) y del lector actual (como se lee esta misma obra desde la perspectiva presente). Son lecturas que responden a marcos de referencia comunes o contrapuestos a los del autor histórico, en tanto productor de una determinada textualidad, en un determinado momento de su evolución como intelectual.

2. El problema de la periodización

En las líneas anteriores quisimos plantear que para una historia literaria que dé cuenta de la literatura como una *semiótica de la comunicación textual*, con carácter pragmático, parte de una semiótica de la cultura, las periodizaciones convencionales de la historia general y de la historia literaria tradicional son inoperantes. Puesto que ya no se trata de escribir una historia literaria desmembrada de la historia cultural y del capítulo conjunto, sino del capítulo literario de una historia cultural y del capítulo cultural de una historia social, el problema de mayor urgencia es diseñar un modelo de ordenamiento que rebase las cronologías lineales, sin detrimento de la ubicación de autores y obras en los contextos temporales y espaciales donde se insertan dinámicamente. Creemos en la posibilidad de diseñar un modelo de estilos semióticos que se aproximan lo más posible a la realidad de la evolución cultural latinoamericana, en lugar de repetir los siete errores históricos que señala Rodolfo Stavenhagen¹¹ y algunos más, a la hora de configurar el marco histórico sobre patrones tradicionales. Ansel Rama ha hablado de la posibilidad de ordenar la historia literaria por

¹¹ Rodolfo Stavenhagen, "Siete falacias sobre América Latina" en *América Latina: ¿reforma o revolución?* (Selección de Jaime Petras y Maurice Zetlin), Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, págs. 15-32.

"secuencias"¹² Sería interesante un desarrollo teórico más amplio de la noción de secuencia, para evitar confusiones con un término que ya tiene una denotación definida operativamente en el análisis del texto.¹³ Tal vez en lugar de secuencias convendría hablar de estilos culturales donde las obras literarias se articulan como signos de un sistema literario que forma, por supuesto, secuencia y que, al mismo tiempo, es sub-sistema de un sistema cultural, como éste lo es del sistema de producción ideológico-social. Esta modalidad haría factible el estudio de los "géneros" literarios en sus particularidades específicas como "sub-tipos" de discursos literarios, y también en las afinidades respecto a otros subtipos coexistentes dentro de una misma corriente o estilo cultural. En el caso latinoamericano consideramos que la heterogeneidad misma de nuestra cultura, estudiada con un método flexible para su decodificación, aceptaría insertar, con características diferenciales, algunas variantes de tipos literarios como las que ha señalado Carlos Rincón en la producción literaria reciente.¹⁴

Dentro de los estilos culturales y las codificaciones literarias es posible observar la coexistencia, dentro de una misma época, de códigos institucionalizados —erigidos en norma—, códigos emergentes y códigos en desgaste. Al diferenciarlos la tarea del historiador se torna menos rígida y exclusivista. Los listados llenos de olvidos involuntarios se obvian, el criterio de gusto de época se supera. Como también la marca de tendencia de hacer una historia y un ordenamiento de la literatura sólo según el código dominante ideológicamente en una determinada época. Tal vez a este fenómeno alude Angel Rama cuando habla de la discontinuidad, superposición o destase entre "secuencias" de un mismo período.

Más que cerrar los períodos históricos en unidades cronológicas como sucede con la historia política y social (Conquista, Colonia, Independencia, República, etc.) parece conveniente un modelo abierto cuyos puntos de señalización estén representados por obras o autores-época, sin detrimento del entorno de autores y obras periféricas. Obras y autores ordenados según el grado de aceptación o rechazo respecto de un determinado código cultural, responden mejor dentro del modelo

¹² "La determinación de las secuencias (discontinuas, superpuestas y a veces desfasadas dentro de un mismo período histórico) se deberá alcanzar desde el ángulo restringido de la especificidad literaria, que constituye la petición de principio del campo operativo propuesto, o sea que se deberá llegar a delimitarlas y definir las atendiendo exclusivamente a sus manifestaciones artísticas y no a razones extra-literarias (autores, clases sociales, ubicaciones geográficas, etc.). Pero como mal podrían desglosarse las secuencias literarias del universo cultural al que pertenecen sin condenarlas a una existencia incoherente, sólo pueden hallar su significación absoluta al coordinarse con otras secuencias, éstas culturales, no literarias, a través de distintos grados de mediación". (Angel Rama, "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica", op. cit. págs. 85-86).

¹³ Cfr. Roland Barthes y otros, *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

¹⁴ Carlos Rincón, *El cambio en la noción de literatura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

abierto que si se ubican en las consabidas "escuelas" que, cuando más resaltan la función de un autor-época como signo de máxima relevancia.

En el diseño de dicho modelo habrá que tomar en cuenta, por supuesto, la referencia a los códigos culturales europeos en las épocas, de mayor acercamiento (neoclasicismo, romanticismo), pero para señalar las dialectizaciones regionales que tales codificaciones sufren al insertarse en el contexto latinoamericano: arcadismo brasileño, nativismo, regionalismo, costumbrismo, tradicionalismo o colonialismo (en México). Ello implica señalar una terminología cuyas redefiniciones están planeadas. No siempre la respuesta nuestra es un mimetismo retrasado de los códigos europeos. En el caso del simbolismo es obvia la proliferación de variantes terminológicas —y por lo tanto conceptuales— que acercan o alejan de Europa: mundonovismo, "rubendarismo", modernismo, americanismo. Y más notoriamente se plantea el problema en el caso de las vanguardias, no necesariamente periodizadas para Latinoamérica con el dadatismo: creacionismo chileno, ultralismo español, modernismo brasileño, estridentismo mexicano, etc.

El modelo de periodización abierta supone, pues, una reformulación conceptual de estilos culturales y de tendencias intelectuales dentro de esos estilos.

3. Una tentativa de ordenamiento

Cuando hablamos de modelos abiertos parecería contradictorio proponer ordenamientos como los que siguen. Entiéndanse entonces como *lo menos cerrado* y como respuestas a criterios no cronológicos sino culturales. Desde la conceptualización o cosmovisión misma de toda cultura donde se operan los cambios se pueden trazar líneas demarcatorias que no responden a criterios geográficos nacionales hermetizados ni a un sometimiento de los hechos literarios a determinados acontecimientos datables en la historia político social.

Uno de esos ordenamientos posibles lo enumeramos a continuación para ser considerado, sometido a críticas y ampliado o reducido si es necesario. En lugar de períodos proponemos considerar "grandes épocas".

3.1. *Epoca prehispánica, precolombina o anterior al descubrimiento.*
3.2. *Epoca de la europeización de América o de la organización colonial.*

3.3. *Epoca de la Ilustración y la Independencia.*

3.4. *Epoca del surgimiento de las nacionalidades.*

3.5. *Epoca de acceso a la contemporaneidad.*

Con todo lo discutible que implica cualquier ordenamiento, esos cinco grandes capítulos podrían quedar abiertos o señalados —como propone Angel Rama— como el espacio temporal donde transcurren las secuencias o se gestan los estilos culturales. No tienen un hermetismo

cronológico. Cada vez se comprueba más que no hay isocronismo entre la historia político-social y la evolución de los procesos culturales y, por ende, literarios.

3.1. *Epoca prehispánica, precolombina o anterior al descubrimiento.*

La primera designación es restrictiva porque implica por oposición el proceso "hispanizador", pero excluye las exploraciones desarrolladas por los portugueses y los enclaves coloniales establecidos por otros países europeos. La designación precolombina parece la más exacta. Sin embargo puede quedar aún más abierta hacia *otros descubrimientos* complementarios con la tercera designación.

El primer rasgo cultural de esta época es la presencia de literaturas fonemizadas. Se conocen y proyectan al ser grafemizadas en las lenguas europeas, especialmente el español. Su mayor grado de conocimiento data de finales del siglo XIX y del siglo XX. Los modos de codificación cultural son heterogéneos como lo fueron las sociedades indígenas diseminadas por todo el Continente y aculturadas por los procesos de europeización. La expresión del Inca Garcilaso de la Vega, "trocénos el reinar en vasallaje" tiene una vigencia contundente al enfocarse el problema de tales culturas: fueron desarrolladas en tanto literaturas por los sectores de la teocracias dominantes. Eran, pues, literaturas "cultas", pero no encajaban en la concepción europocéntrica. Por lo tanto su marginación reiterada hasta ahora sigue siendo herencia nefasta de los criterios coloniales del estudio cultural. Dentro de ellas pueden distinguirse por lo menos tres grandes sub-grupos:

3.1.1. *Culturales mesoamericanas:*

3.1.1.1. *Mayenses*

3.1.1.2. *Nauhuenses*

3.1.2. *Culturas andinas*

3.1.2.1. *Aymara*

3.1.2.2. *Quechua*

3.1.3. *Culturas pampeanas*

3.1.3.1. *Tupi-guaraní*

3.1.3.2. *Caribe-amazónica*

Estos subgrupos sólo tienen razón de ser en la medida que ellos produjeron textos literarios diferenciados. Dentro de cada subgrupo existe cuando menos una tipología de signos literarios épico, lírico y dramático. Cada una de esas literaturas reviste particularidades bien conocidas y documentadas, como ocurre con los textos investigados y traducidos por Angel María Garibay K., para la literatura náhuatl; los trabajos de Adrián Recinos, Miguel Angel Asturias, Demetrio Sodi y otros, para las literaturas mayenses, como las antologías y traducciones de Jesús Lara y José María Arguedas para las literaturas andinas y las de Natalicio González, entre otros, para las literaturas guaraníes. En cuanto a las caribe-amazónicas los rescates han sido más recientes: en Venezuela,

los de Basilio Barral, Cesáreo de Armellea y Marc de Civrieux entre otros.

La omisión de estas literaturas tendría quizá justificación menos endeble si se tratase de antologías literarias, pero no en el caso de una Historia de la literatura latinoamericana en cuyo contexto el plurilingüismo es un escollo de hecho. La condición fonémica y no grafémica de los textos no los invalida, sino que los diferencia. En las literaturas nahuenses han sido estudiados por lo menos trece poetas de calidad admirable¹⁵. La lírica náhuatl llega incluso a presentar reflexiones metalingüísticas de excepcional originalidad. La incorporación de tales literaturas llena un vacío recurrente en la historiografía literaria latinoamericana. Existen los textos, las historias parciales¹⁶, los especialistas aptos a acometer el trabajo. Falta sólo la decisión como acto de objetividad.

3.2. *Epoca de la europeización de América o de la organización colonial*

Consideramos que este capítulo traumático de la cultura latinoamericana ha sido subdividido para la historia política en tres segmentos: Descubrimiento, Conquista y Colonia. Los límites siguen siendo imprecisos. Las últimas periodizaciones conservan un carácter altamente discutible¹⁷. En un excelente ensayo, el joven investigador venezolano Alberto Rodríguez señala:

"En los estudios históricoliterarios de América Latina se ha impues- to durante años una óptica predominantemente hispanizante cuya se- diación ha manipulado la literatura colonial de tal manera que ésta se nos muestra simplificada, estandarizada, según el modelo ideal del se- ctor conquistador, el cual privilegiaba la lengua castellana y la escritura en caracteres latinos como únicas alternativas para la producción lite- raria en sus dominios americanos. Para el sector dominante la literatura debía ser escrita en su grafía y en su lengua, según sus gustos y ajusta- da a su ideología".¹⁸

En ese enjuiciamiento, tal vez el más lúcido realizado hasta ahora sobre la época colonial, está una de las claves deformadoras aplicadas a un período controversial como ninguno.

¹⁵ Cfr. Miguel León-Portilla. *Trece poetas del mundo azteca*. México, Universi- dad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.

¹⁶ Excelentes historias de la literatura náhuatl, de la quechua y del conjunto precolombino han sido escritas respectivamente por Angel María Garibay K. (náhuatl), Jesús Lara (quechua), Miguel León-Portilla y Abraham Arias Larreta (historias de conjunto).

¹⁷ Benito Sánchez Alonso. *Historia de la historiografía española*, Madrid, Gre- dos, 1964. Su periodización es seguida todavía por Walter Mignolo (véase nota 20).

¹⁸ Alberto Rodríguez. "Marginalidad de la literatura colonial en Venezuela", en *Arafa*, Anuario del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, n. 2. (1976-1982), págs. 115-142.

de Mijail Bajtin²¹ las confusiones sobre una presunta épica parecen baldías. Sin embargo, el punto sigue siendo discutible. Mignolo establece otras precisiones que vinculan a Alonso de Ercilla con la épica paródica del renacimiento.

El barroco merece capítulo aparte como *secuencia* o estilo cultural de *larga duración*, cuyas resonancias alcanzan quizá hasta imbricarse en el Neoclasicismo. Hasta ahora su estudio se ha centrado predominantemente en la figura-épica de sor Juana Inés de la Cruz. Pero se han soslayado otras obras como las producidas por el Lunarejo, peruano, y Sigüenza y Góngora, mexicano. Tampoco se puede estudiar el Barroco sin reinsertarlo en una codificación cultural que abarcó lo más importante de la arquitectura así como buena parte de la pintura colonial, o sin analizar las proyecciones en la escritura teatral del mexicano Ruiz de Alarcón y en el discurso ensayístico o la oratoria de muchos humanistas e ilustrados hasta el siglo XVIII.

Por último, el problema del plurilingüismo no afecta sólo la relación entre lenguas indígenas y lenguas vivas europeas, sino que se vuelca hacia el latín, por la necesidad de incorporar una obra con la importancia de la *Rusificatio Mexicana* de Rafael Landívar.

Aceptado el aplastamiento y *vasallaje* de las culturas indígenas como un acto de ruptura — como señala Alberto Rodríguez — y visto el fenómeno de europeización desde una perspectiva más actual y objetiva, esa época deja de estudiarse en las polaridades de período oscuro por la dominación, o de período dorado por la cristianización. Asume sus justas proporciones como hecho sociohistórico y cultural, para encuadrar el nacimiento de una literatura con instrumento lingüístico moderno, en coexistencia con otros instrumentos lingüísticos que han sobrevivido a pesar de los marginamientos: las lenguas indígenas mesoamericanas y del Altiplano.

3.3. Época de la Ilustración y la Independencia

Los estudios cada vez más abundantes sobre esta época, en el aspecto ideológico político de la historia, señalan con claridad que es muy difícil realizar un corte preciso entre la adopción de ideologías hispánicas, procedentes de la Enciclopedia y la Ilustración francesas, tanto como de la filosofía norteamericana para la gestación de las independencias nacionales. Los antecedentes de este proceso de lucha están en los alzamientos de negros cimarrones, o en rebeliones indígenas como la de Túpac Amaru, antes que en los proyectos ilustrados. Ideológicamente la toma de una conciencia anti-monárquica y la búsqueda de unas raíces unitarias de lo americano se expresan en una literatura que señala el tercer bloque de ruptura respecto de la Colonia, pero no entre Ilustración y Emancipación.

El concepto de movimientos *precursores*, válido para la historia política,

²¹ Mijail Bajtin, "Epopéya y novela", en *Eco*, n. 193 (parte 1) y n. 195 (parte 2), Bogotá, noviembre de 1977 y enero de 1978 respectivamente.

Creemos que para la producción literaria es más importante reseñar los tipos literarios y los conceptos de *literariedad* que surgen en esa época fundacional de una literatura latinoamericana escrita en lenguas europeas, de cuya textualidad surge la primera visión histórica: pero también fantástica del Continente. Así como hay una visión fabuladora desde la perspectiva de una concepción "occidental", hay también una *visión trágico fantástica de los vencidos*¹⁹. Contraerlas desde la perspectiva de un referente común, conceptualizado en formas opuestas, enriquece altamente el panorama literario que, hasta ahora, en el período, ha enfatizado en la *historicidad* más o menos exacta de los textos y no en la especificidad literaria que imprime a esa producción la vigencia para un lector de hoy. Hay recientes intentos, muy valiosos, por rectificar enfoques y establecer un ordenamiento moderno de la *formación discursiva*²⁰. No obstante, queda mucho por ahondar.

Mignolo se ha ocupado de estudiar las cartas, crónicas y relaciones que hasta ahora han sido agrupadas con falsos criterios de homogeneidad. No se ha distinguido, por ejemplo, la fabulación europea que rige la escritura de autores como Francisco López de Gómara, José de Acosta, Gonzalo Fernández de Oviedo, Juan de Castellanos, incluso Bernal Díaz del Castillo con todo y su variación diacrítica — la visión del soldado — como oposición con el discurso dilemático de encabalgamiento cultural que traspaasa el texto del Inca Garcilaso de la Vega, o la versión diferenciada conceptualmente por el punto de vista mestizo de Huamán Poma de Ayala, Hernando Alvarado Tezozómoc, Felipe de Alva Ixtlixóchitl y, menos aún, la visión indígena más intensa que fluye en los trabajos realizados por los informantes nahuas de Sahagún, a más de otros textos indígenas que configuran la *cultura de resistencia* como la califica Alberto Rodríguez en su citado ensayo. Aquí priva la visión europea más que el criterio científico capaz de establecer una taxonomía de mayor validez.

En lo ideológico no se han trazado las diferencias de códigos coexistentes como el humanismo neoplatónico — estudiado sólo en tanto reflejo tardío del Renacimiento europeo en América —, con la visión medieval vigente en las cartas del Almirante y otros textos de descubridores y exploradores.

Genéricamente se ha hablado y discutido sobre una *epopeya* de la conquista para catalogar las obras de Alonso de Ercilla y Pedro de Oña, sin trazar las correlaciones con la historia narrativa versificada también por Juan de Castellanos, entre otros. Después de las investigaciones

¹⁹ Cfr. Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, La Habana, Casa de las Américas, 1969.

²⁰ Cfr. la *Historia de la literatura hispanoamericana*, dirigida por Luis Iñigo Madrigal, Madrid, Cátedra, 1982, vol. I: Época colonial. Especialmente valiosos son los trabajos de Walter Mignolo "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista" y el de Cédómil Goñi sobre "La novela hispanoamericana colonial".

tica, es resbalado en el terreno de la historia literaria. En todo caso tales precursores señalan la fase emergente de un código intelectual en vías de institucionalización.

Esta época ha sido estudiada como de producción de discursos políticos, pero no de una literatura politizada en su conjunto. Algunos esquemas endebles han indicado dicotomías un tanto pintorescas referidas a los autores, para subagruparlos en escritores-próceres y próceres-escritores²². Se ha dejado al margen la posibilidad de encontrar un punto de arranque de la ensayística en la obra de los ideólogos de un período muy rico. Con excepción de los trabajos realizados pioneramente por Luis Alberto Sánchez o el reciente volumen de la Biblioteca Ayacucho²³, se ha mantenido muy arrumbado el estudio de la poesía. Junto a los textos de máximo relieve producidos por Andrés Bello, José María Heredia, Juan Cruz Varela, Bartolomé Hidalgo, José Joaquín de Olmedo, está por estudiar la presencia de una literatura popular carnavalizadora.

En la misma época es difícil establecer cortes drásticos entre la pervivencia del Barroco —¿en extinción?—, el neoclasicismo poético, especialmente valioso en la variante nativista de autores como Manuel Justo de Rubalcava en Cuba, antes de Bello y Olmedo, y los primeros pasos de un código romántico emergente.

Señalar el nacimiento del Romanticismo a partir de Esteban Echeverría por su carácter nativista y olvidar la gestación coexistente con la discusión neoclásica sigue siendo uno de los puntos oscuros de la época. ¿No son románticos prosistas políticos como Miranda o Bolívar? En el otro extremo sucede algo parecido al decretar la muerte del Romanticismo con la fase emergente del Modernismo. "¿Quién que es no es romántico?" ¿Quiénes dejaron de serlo y quiénes se opusieron desde su postura institucionalizada al nuevo estilo modernista?

La posibilidad apuntada de los estilos abiertos permite estudiar como variantes románticas manifestaciones tan peculiarmente latinoamericanas como el costumbrismo, el tradicionalismo peruano cultivado por Ricardo Palma, pero también por Juan Vicente y Simón Camacho, venezolanos fundadores del romanticismo peruano, y cuya data se inserta incluso en positivistas como Aristides Rojas o en románticos epigonales como Tulio Febres Cordero, para mantenerse vivo bajo forma de "colonialismo" en pleno siglo XX mexicano con Artemio de Valle Arizpe.

En estos casos las secuencias de larga duración resultan categorías

²² Cfr. Emilio Carilla, "Cronología de la literatura hispanoamericana: la literatura de la independencia" en *Actas de la primera reunión latinoamericana de lingüística y filología* (Vina del Mar, Chile, enero de 1964), Bogotá, Instituto "Cervantes y Cuervo", 1973, págs. 122-148. Reimpreso con el título *La literatura de la independencia hispanoamericana*, Bs. Aires, Eudeba, 1964, y como prólogo al volumen de Biblioteca Ayacucho (véase nota 23).

²³ *Poesía de la independencia*, Compilación, prólogo, notas y cronología de Emilio Carilla, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

útiles, en tanto enuncian el nacimiento de un proceso y permiten estudiarlo en su totalidad, más allá de las cremalleras cronológicas.

También es necesario comprender cómo todavía los autores del período o la época ilustrada y emancipadora conciben el proceso de la cultura con vocación unitaria continental, antes del nacimiento de las nacionalidades.

3.4. Época del surgimiento de las nacionalidades

Esta época, heredada de la historia política, señalaría el fin de los proyectos continentales que, como el de la Gran Colombia, trataban de mantener la unidad americana más allá de la unidad colonial. No ocurría igual con los países no hispanizados. La historia política ha señalado 1830 como el comienzo de este período. La caracterización en el plano de la historia social está marcada por las guerras civiles y los caudillos-dictatoriales derivados de las luchas emancipadoras. Aquí vuelve a surgir el problema de cómo no pueden establecerse simetrías absolutas entre la historia política y la historia social de la cultura. Política-mente es una regresión. Culturalmente es un avance.

Si se entiende tal época como la de énfasis en el paso de un Romanticismo exotizante a un Romanticismo nacionalista sentimental, estamos en presencia de variaciones dentro de un mismo estilo, como lo riarnos en la aparición del socialismo utópico —o Romanticismo social— en Argentina, con la Asociación de Mayo, pero también en Venezuela con el grupo de *El Liceo Venezolano*. Si se considera el tránsito hacia un localismo temático de base romántica, entonces es posible romper la dicotomía de regionalismo vs. modernismo, porque esa oposición no sería sino la prolongación de una tendencia —localista— en el tiempo.

Entre el auge y la institucionalización romántica y la emergencia del código ideológico positivista, hay otro caso de coexistencias y entramientos cuyo estudio sigue pendiente.

La presencia del costumbrismo como derivación romántica recurrente en América Latina, con Esteban Echeverría en Argentina, Jotabeche en Chile, Plácido en Cuba, José María Baralt, Fermín Toro, Juan Manuel Cagigal, Daniel Mendoza, Nicanor Bolet Peraza, etc., en Venezuela, señalaría un nivel de frecuencia elevado pero sin mucho rigor en la atención a las cronologías que organizaron primeras, segundas y hasta terceras generaciones románticas. Otra rectificación necesaria sería la que afirma que el costumbrismo es el *germen* de la novela regional, cuando ésta venía escribiéndose desde la colonia, en cuya prosa hay una riqueza ficcional casi intacta en su estudio. La rectificación afecta los enfoques temáticos de la historia literaria.

Sería necesario observar la larga prolongación de estructuras narrativas románticas como el idilio de la novela sentimental, que rebasan la época y se insertan aún en narradores modernistas y criollistas.

Si se concede validez a la aseveración de Eric Hobsbawm²⁴ en el sentido de que la idea de nación es una "invención histórica de los últimos doscientos años" — y la afirmación se refiere a la historia de Europa — entonces la época de organización nacional en América Latina no es más que la del surgimiento de una *conciencia de nación* entre las clases oligárquicas, con voluntad escisionista y cuya repercusión en la historia literaria sería la expresión de esa conciencia en el localismo o regionalismo de los temas, que estudiados como referentes identifican lo nacional con lo rural solamente. En el plano discursivo se manifiesta como una tendencia a diferenciar diastáticamente los registros de habla entre el autor (culto) y el personaje (popular-rural). Esa heurística de "lo nacional" tiene como contradicción en la historia literaria las omisiones de primeras tentativas de literatura urbana porque no respondía a la norma impuesta. El hecho rige buena parte de la producción narrativa hasta llegar a insertarse en el código modernista bajo forma de *criollismo* lo cual lleva a Urbaneja Achelpohl, por ejemplo, a aceptar la estética modernista siempre que se nutra de la materia nacional (rural) o, a la inversa, induce a Manuel Díaz Rodríguez a asumir el subcódigo criollista rural en su novela *Peregrina* para poder *nacionalizarse* escritor, después de la recepción crítica adversa o fría de sus novelas no rurales: *Sangre patricia* e *Idolos rotos*.

Otras veces ese *nacionalismo* rural induce francas rupturas con el código romántico y a una inserción en el realismo objetivo, como sucede con el colombiano Tomás Carrasquilla, pero también, en pleno siglo XX, con el argentino Benito Lynch y el grupo de los narradores indigenistas.

El carácter rural del nacionalismo literario estableció fronteras arbitrarias incluso con la narrativa indigenista, como ocurre en los casos venezolanos de José Ramón Yépez — *Anaída* e *Iguaraya* — novelas un tanto olvidadas o menospreciadas por ser "románticas" pero no rurales y, también, mucho antes, con la narración alegórico-romántica de Fermin Toro; *La sibila de los Andes*, minusvalorada por desarrollarse fuera de la Venezuela rural.

Sin duda que al historiar este período no se pueden omitir las diferencias nacionales, pero habría que incorporarlas como regionalizaciones o dialectalizaciones del código común a toda Latinoamérica, el cual, por supuesto, está pendiente de precisar.

24 "La 'nación', una invención histórica de los últimos doscientos años, cuyo inmenso significado práctico apenas requiere discusión hoy, suscita varios problemas cruciales de la historia de la sociedad, por ejemplo, el cambio en la escala de las sociedades, la transformación de sistemas sociales plurialistas, directamente eslabonados en sistemas unitarios, con eslabonamientos directos (o la fusión de sociedades preexistentes más pequeñas en un sistema social más grande), los factores que determinan los límites de un sistema social (como el político territorial) y otros de igual significación". (Eric Hobsbawm, "De la historia social a la historia de la sociedad", *op. cit.*, pág. 612).

3.5. Época de acceso a la contemporaneidad

¿Qué es realmente? ¿Cuándo comienza la contemporaneidad en América Latina? ¿Existen rasgos de la historia social o política que la establezcan con precisión? Sin duda es ésta última la más esquivada de las unidades a estudiar.

Si convencionalmente se admite que tal período coincide con la época del afrancesamiento arquitectónico auspiciado por los despotismos civilizadores para modernizar algunas ciudades, entonces el inicio de esta contemporaneidad absorbe el Positivismo, cuyo comienzo, como propone Leopoldo Zea, habría que datarlo en 1886.²⁵ Y con fecha más o menos variable es también la época de consolidación de las oligarquías políticas en partidos modernos. Habría que añadir que es el comienzo de la afirmación de un capitalismo mercantil y de las primeras penetraciones económicas neocoloniales tanto europeas como norteamericanas. En lo literario sería la fase emergente de Positivismo y Modernismo, pero no el desgaste absoluto del Romanticismo. La trayectoria de los dos primeros es difícil deslindarla. El Positivismo se manifiesta en lo literario — además de la ensayística social — con la presencia del Naturalismo y del Realismo. El Modernismo con el desarrollo de las estéticas del arte por el arte. Uno incrementa la presión regionalista de los temas. El otro, la aspiración nacionalista parroquiana de la época de como antídotos a la expresión nacionalista proyectada su longevidad sobre el siglo XX, por lo menos hasta la aparición de las vanguardias y, ya en desgaste, incluso coexisten con éstas.

Tal ordenamiento permite eliminar términos imprecisos como preromanticismo, precursores del modernismo, postmodernismo, etc. Y ha mantenido, precusores del modernismo, como el regionalismo, por ce notar, de otra parte, que tendencias como el regionalismo, por ejemplo, despuntan en el nativismo neoclásico, atraviesan el modernismo en su versión rural costumbrista. Se emparenta con el modernismo bajo forma de criollismo, se impone casi dictatorialmente en lo que Fernando Alegría designa como *super-regionalismo* y se filtra en las vanguardias bajo ciertas formas del realismo mágico. Entonces más que una corriente es una constante de carácter temático que diferencia en bloque nuestra literatura, pero no la caracteriza en el tiempo. En todo caso se mantiene como línea de continuidad o reiteración del plano del contenido literario, pero no en el plano de la expresión discursiva, donde los códigos culturales se van manifestando como neoclásico, romántico, modernista, naturalista, etc.

El escollo mayor en el estudio de la contemporaneidad seguramente habrá de presentarse cuando haya necesidad de buscar coherencia en la diáspora de las vanguardias. Aún sigue repitiéndose la *impuntualidad* de América Latina, su retraso, respecto a las vanguardias habría que replantear todas como patrón. En el caso de las vanguardias latinoamericanas, Ariel,

²⁵ Cfr. Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, 2 ed., Barcelona, Ariel, 1976.

los términos respecto al creacionismo de Vicente Huidobro y su polémica con Paul Reverdy, estudiada por Guillermo de Torre; el primer ultrismo trasvasado de Madrid a Buenos Aires por Jorge Luis Borges; el encabalgamiento de Tablada entre un vanguardismo caligramático y las consabidas "resonancias postmodernistas". El problema, visto así, con referencia a Europa se complica. Tal vez la idea de la *muerle de los estillos* tenga posibilidad de dar salida fácil a la cuestión. Tal vez ordenar y reordenar obras y observar en dinámica contradictoria a los autores sea un camino más complejo pero más efectivo. Tal vez aquí se encuentre la mejor demostración de que es necesario apelar a la inserción de los textos en los sistemas de codificación y mirar la diacronía intelectual a través de la cual un autor va evolucionando en su cosmovisión literaria e ideológica del mundo. Esta es, a nuestro muy modesto modo de ver, la tarea inminente.

Caracas, agosto de 1983.

6. Los libros del México antiguo

José Luis Martínez

Primeras noticias de los códices mexicanos

Las únicas culturas aborígenes del Nuevo Mundo que poseyeron un sistema de escritura y libros provenían de algunos de los pueblos que conquistaron los españoles en el territorio del México antiguo al que se llamaría Nueva España.

En la primera *Carta de relación* que envía Hernán Cortés a Carlos V, —cuyo original se ha perdido pero que se sustituye por la que, a instancias del conquistador, el 10 de julio de 1519 escribió el ayuntamiento de Veracruz, recién fundado—, le relata los preliminares de la conquista, esto es, las incursiones en la costa de Yucatán y en otros lugares del Golfo de México, y le anuncia que le ha enviado un gran presente de objetos de oro y plata y "dos libros de los que acá tienen los indios". Estos libros pudieran ser los mismos que Bernal Díaz del Castillo cuenta que encontraron en una casa de ídolos, situada entre Veracruz y Zempoala, y que describe con estas palabras: "muchos libros de su papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla."¹

Al año siguiente de estas primeras noticias de los conquistadores, Pedro Mártir de Anglería el vivaz cronista de Carlos V, escribe la "cuarta década" de su *Novus Orbis*, cuyo libro o capítulo VIII da al mundo la primera descripción de los libros pintados de los antiguos mexicanos.² Refiere Pedro Mártir que el papel de que se servían provenía de la corteza inferior de un árbol, y explica cómo lo preparaban y blanqueaban para que recibiera la escritura por ambos lados, y que con él formaban largas

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XLIV.

² Pedro Mártir de Anglería publicó inicialmente, en latín, un *Epitome* acerca de "las islas recientemente descubiertas bajo el reino de don Carlos", en Basilea, 1521, que luego pasó a ser la "cuarta década" de su *Novus Orbis o De Orbe Novo* cuya primera edición completa, con las ocho décadas, es de Alcalá de Henares, 1530. Sigo la traducción de Agustín Millares Carlo, *Décadas del Nuevo Mundo*, México, José Porrúa e Hijos, 1944, t. I, págs. 425-7.